

MONS. VICENTE O. CILIBERTO

In memoriam

Paola Delbosco

Considero un privilegio haber compartido con Mons. Vicente Ciliberto, durante veintisiete años, mi trabajo como docente en la UCA.

Fueron para mí años de estudio, aprendizaje y crecimiento personal, pero también años que cimentaron una asimétrica amistad entre nosotros dos, alimentada en las largas charlas en el bar de la esquina de Riobamba y Bartolomé Mitre, antes o después de nuestras clases.

¿Cómo lo recuerdo? Como alguien de intensa personalidad, enérgico y espontáneo. Su aspecto físico – la abundante cabellera canosa, de pelo simpáticamente rebelde, y su piel siempre bronceada- me recordaban que el sur de Italia, donde está la región de Calabria de la que procedía, no estuvo poblado solo por descendientes de griegos y sarracenos, sino también por longobardos, normandos y sajones, pueblos germánicos que dejaron en él, además del apellido y algo de su apariencia, el amor por el rigor y la seriedad de los estudiosos alemanes.

Eso quizás explica muchas veces, por qué en sus largas

caminatas por Mar del Plata durante el verano, llevaba unos llamativos auriculares naranja, con los que escuchaba no precisamente música rock, sino conferencias del teólogo Pesch, en alemán.

Conocí a Mons. Ciliberto como alumna de cuarto año de la carrera de filosofía en la UCA. Sus clases tenían un ritmo muy particular, interrumpido a veces por preguntas sobre temas filosóficos fundamentales, en busca de definiciones exactas. Casi nunca acertábamos, así que nos miraba con algo de decepción, pero al final resolvía la situación riéndose con gusto de nuestra ignorancia.

Unos años después de recibirme, me ofrecieron ser su asistente, y después su adjunta, en la Cátedra de Historia de la Filosofía Contemporánea en la carrera de filosofía de la UCA. Eran exactamente los autores y los temas que más me interesaban, así que acepté con entusiasmo.

En la primera reunión de cátedra, revisando el programa que le propuse, me dijo: "Está bien. Le aconsejo que de cada autor Ud.



explique el tema del conocimiento, la antropología y el sentido de la realidad. El resto sale de ahí.”

Fue un excelente consejo, porque me orientaba, y conmigo a los alumnos, a abordar a los distintos autores de una manera a la vez clara y abierta a ulteriores desarrollos.

Cuando nuestra relación laboral y nuestra amistad se hicieron más sólidas, me animé a invitarlo a comer a casa. En esa época nuestros nueve hijos eran todos más bien chicos y bastante movedizos. Creo que ni Héctor, mi marido, ni yo nos dábamos cuenta del importante ruido de fondo que había en nuestro hogar en forma permanente. Esta particularidad no podía pasar desapercibida por alguien acostumbrado a entornos más apacibles.

Fue ahí que Mons. Ciliberto me dijo lo siguiente: “No sé por qué me estoy acordando de una carta que me escribió un amigo desde Alemania. Decía así: país raro, Alemania, donde los perros no ladran y los niños no gritan...” Ahí se rio pícaro, pero con mucho cariño.

Muchas veces me repetía que le alegraba que Héctor y yo tuviéramos muchos hijos, porque estaba seguro de que los íbamos a educar bien. Cinco de ellos, años después, también fueron sus alumnos.

Todo esto, y nuestras largas charlas guardo en mi corazón, con la certeza de que esas charlas se

reanudarán algún día, cuando Dios disponga reunirnos.